

Traducción literaria: importancia de la relación con el autor

Ponencia a cargo de la Profesora Silvia Pratt
Instituto Superior de Intérpretes y Traductores (ISIT) México, D.F.

El ilustre académico Valentín García Yebra en su obra *En torno a la traducción* dice: "Desde hace mucho tiempo se ha establecido y se admite generalmente la distinción entre dos grandes campos de la traducción: la traducción documental y científica, por una parte, y la traducción literaria por la otra".¹

Traducir literatura es traducir un arte usando otro arte, los dos manifestados por el lenguaje, es decir, utilizan el mismo elemento que es la lengua. La diferencia entre ellos radica en que la literatura se hace a través de un idioma y la traducción a través de otro: están estrechamente ligados por la naturaleza subjetiva de una obra de arte. Los dos idiomas se deben unir en el fondo y debe existir una unión ideal entre la forma expresada en un idioma y en el otro. La literatura, como la música, la pintura y las demás artes, es una forma de exteriorizar nuestro sentimiento, nuestro pensamiento, nuestra concepción de la naturaleza externa e interna.

La naturaleza "objetiva" que nos rodea es un contexto en el que estamos inmersos de la misma manera que lo estamos en nuestra naturaleza "interna", o sea, en nuestro mundo interior. Partimos de una unidad de estas naturalezas (que en realidad son una sola). En ese sentido todos los seres humanos somos iguales y a la vez distintos.

Por supuesto cualquier tipo de arte se manifiesta a través de esta relación entre naturaleza (objetividad) y mundo interior (subjetividad). No podemos hablar de arte ni de literatura si no contemplamos estos dos aspectos.

El contexto de la naturaleza y el contexto interior varían empezando del idiolecto hasta el idioma de un país, desde el individuo hasta el grupo de individuos que forman una nación con sus diferentes formas de pensar. Octavio Paz dice que "un lenguaje distinto significa una manera distinta de pensar y sentir, una visión *otra* del mundo".²

El escritor se comunica a través de su obra; en ella integra su realidad física y su mundo interno, es decir, su cosmovisión de acuerdo con su cultura, ideología, sentimientos y sentidos. Ahora bien, la comunicación entre diversas culturas con distintas lenguas se hace por medio de la traducción.

¿Qué debe hacer el traductor para poder transmitir un mundo objetivo y subjetivo tan distinto al propio? ¿Es conveniente que exista una fuerte relación con el autor o un profundo conocimiento de él?

El traductor debe vivir el lenguaje del autor para vivir su cultura; debe conocer los dos idiomas lo más profundamente posible. El contexto cultural o la conciencia lingüística son indispensables; debe estar inmerso en la otra cultura. La cultura extranjera se estudia por lo general de una manera metódica y el acceso a ella puede verse limitado por algunos factores. En la medida de lo posible es ideal vivir en el país y llenarse de él; el contacto con la otra cultura puede resultar muy importante por los matices, las sutilezas, el mensaje que manda una palabra extranjera. Por supuesto no todos podemos vivir en el país o viajar al extranjero, pero se puede lograr el contacto con la otra cultura en el país propio a través de escuelas, de universidades, de la literatura, de los medios de difusión, de la relación con personas de otras nacionalidades.

Es conveniente para el traductor tener relación con el autor o un profundo conocimiento de él para poder entender y traducir mejor su obra y que ésta resulte lo más transparente posible. La obra literaria revela la personalidad del escritor; el traductor debe traducir las ideas y los sentimientos de éste, su problemática, debe conocer su mundo exterior y su mundo interior y la influencia que la cultura ha tenido en sus obras; debe dar la *connotación* lo más cercana posible de las palabras, transmitir la idea y conservar el carácter del original. Eugène A. Nida afirma que "la traducción no es únicamente una de las actividades humanas intelectualmente más difíciles y que mayor reto plantean, sino también una de las experiencias más profundas y alentadoras para todos aquellos que se interesen en la diversidad de culturas y en los problemas fundamentales de la existencia humana"³. Cualquier información extraliteraria sobre el autor ayuda a veces al traductor a entender mejor la obra.

Para ilustrar lo que he expuesto voy a hablar de la novela *Derborence*⁴ de Charles-Ferdinand Ramuz, uno de los escritores más destacados de la Suiza francesa. De acuerdo con Fernand Braudel "más que de una literatura europea, se debe hablar de literaturas nacionales entre las cuales existen numerosísimos puntos de contacto, pero también grandes discrepancias".⁵

Para poder traducir a Ramuz en los cursos de traducción literaria me sirvió bastante conocer una biografía de él en la que también se habla de su entorno y su mundo interior.

En esa obra se observa en primera instancia la presencia de la naturaleza, del paisaje, es decir, de los Alpes. Considero que la geografía del país y su paisaje influyen en el carácter y en la vida de un escritor en la medida en que se está en contacto con ellos, como es el caso de Ramuz. Este, a su vez, proyecta directa e indirectamente todas esas imágenes en su obra. Por supuesto Ramuz no es el único que ha sufrido esta influencia; hay otros autores en los que la presencia de los Alpes ha influido de manera profunda.

Hay un personaje principal, implacable e imponente, que cobra vida en la obra: la montaña. Esta forma parte de la realidad, está frente al ser humano como una verdadera fuerza de la naturaleza. Sin embargo, también está en la imaginación del autor y, a través de ella, la montaña cobra vida y adquiere otra dimensión. Hay una mezcla de realismo y simbolismo. ¿Cómo puede darse el proceso de adaptar la realidad extrínseca al mundo interior, imaginario, y hacer que lo imaginario parezca realidad? Puede darse en una novela como la de Ramuz en la que la realidad y la imaginación se fusionan de tal manera que forman un todo en la mente del lector. El traductor debe asimilar esto y transmitirlo.

Desde muy temprana edad Ramuz conoce la campiña y siendo niño le gusta estar solo. Esta soledad la refleja en la obra. En la adolescencia empieza a cuestionarse; sufre por su soledad, por no encontrar respuesta a los múltiples interrogantes y empieza a escribir; no puede comunicarse fácilmente con los demás. Cuando es casi un hombre encuentra cosas en las que va confiando más, se va integrando a la gran armonía del mundo. La naturaleza no es una

decoración: se vuelve un ser y se inicia el diálogo con ella; ya no hay soledad porque la naturaleza está en todas partes y maravillosamente viva, también la historia se vuelve viva, la geografía y la poesía clásica. Se manifiesta una gran reconciliación en el interior de este joven y en este momento descubre los grandes temas de su obra futura.

A Ramuz le gusta cuestionarse, cuestionar al hombre y al mundo. En la novela se advierte un intenso sentimiento religioso, mitológico y mágico, así como las grandes dualidades del bien y del mal, de la vida y de la muerte.

El mundo de la obra es el paisaje, la personificación de la montaña con sus nieves eternas que despiertan en el hombre un sentimiento de grandeza e impotencia. La montaña es el gran dios de la naturaleza, expresión máxima del mundo exterior ligado con el mundo interior del autor pleno de soledad y angustia.

Para terminar quiero citar las palabras de Vladimir Nabokov: "Ya podemos deducir cuáles son los requisitos que tiene que cumplir un traductor para poder dar una versión ideal de una obra maestra extranjera. En primer lugar, tiene que tener tanto talento, o cuando menos la misma clase de talento que el autor que ha escogido. En este aspecto, aunque sólo en éste, Baudelaire y Poe o Shukovski y Schiller formaban parejas ideales. Segundo, tiene que conocer a fondo las dos naciones y los dos idiomas, y estar al corriente de todos los detalles relativos al estilo y métodos

del autor, así como del trasfondo social de las palabras, sus modas, su historia y sus implicaciones de época. Esto nos lleva al tercer punto: además de genio y saber, tiene que poseer el don de la imitación y ser capaz de representar, por decirlo así, el papel del verdadero autor imitando sus hábitos de actuación y dicción, sus modales y su manera de pensar, con el máximo grado de verosimilitud".⁶

Derborence es un lugar, es una leyenda, es una obra literaria, es realidad, es imaginación. Es la gran epopeya de los Alpes.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. García Yebra, Valentín, En torno a la traducción. Editorial Gredos, S.A., Madrid, 1983, p.39.
2. Paz, Octavio, Hombres en su siglo y otros ensayos. Editorial Seix Barral, S.A., Barcelona, 1983, p.73.
3. Nida, Eugène A., citado en la Mesa Redonda de 1986 "La Traduction Littéraire-Pratique et Perspectives" organizada por la FIT con el apoyo de la UNESCO. Printing House Balkan, Sofia, 1987, p.85.
4. Ramuz, Charles-Ferdinand, Derborence. Editions Bernard Grasset, Francia, 1985.
5. Braudel, Fernand, Las civilizaciones actuales. Editorial Tecnos, S.A., Madrid, 1966, p.342.
6. Nabokov, Vladimir, Lecciones de literatura rusa. Emecé Editores, Buenos Aires, 1985, p.460.

Los Premios Nacionales de Traducción

Trad. Pub. Celia Filipetto - Traductora jurada de Barcelona

A vuelo de pájaro, o a fondo, en artículos que se publican en prestigiosos diarios y revistas de todo el mundo, los autores más dispares coinciden en señalar que el oficio del traductor es necesario, imprescindible. ¿Qué sería de nosotros sin estos sacrificados escribas? ¿Sin estos trasvasadores de letra impresa de un recipiente lingüístico a otro? ¿Sin estos espeleólogos de la palabra ajena? ¿Cómo se entenderían los pueblos sin ellos? Qué alivio poder contar siempre con alguno a mano. Qué delicia, qué comodidad poder leer en el idioma propio a los grandes de la literatura mundial, y a los autores de ese manual de montaje de la heladera portátil, sin la locura y el menudo engorro que supondría tener que estudiarse todas las lenguas. Si son tan necesarios, tan imprescindibles, si su oficio es, junto con otro de negra fama, uno de los más antiguos del mundo, ¿por qué se los trata tan mal, por qué se los reconoce tan poco?

En este oficio se puede entrar por la puerta grande, gracias a un amor a primera vista con la obra de algún autor extranjero, como es el caso que se describe en un artículo titulado "Carmen Romero traduce a Valerio Magrelli, un poeta de la más joven generación italiana", publicado en EL PAIS del 24 de marzo de 1990, o bien, por la puerta trasera, y después de muchos años de dedicación, se puede llegar a merecer una delgada columna de 23 x 5 cm como la que graciosamente le dedicaron a José María Valverde en EL PAIS del 31 de mayo de 1990 por haberle sido concedido el Premio Nacional de Traducción, por citar ejemplos relativamente recientes.

Entre estas dos posibilidades de introducción en el oficio hay muchas más. Desde el estudiante de bachillerato con tres cursillos veloces de inglés que traduce lo que le echen para pagarse la discoteca hasta el traductor esforzado, dedicado, que sólo pretende hacer un trabajo digno y al que le caen palos de todos lados. La carne de cañón de esta guerra de letras. La infantería de marina, la chusma. La plebe. Los sin nombre.

Son precisamente los representantes de este estrato de la profesión los que se llevan la peor parte. Sobre su trabajo todo el mundo se cree con derecho a opinar. Sus versiones no son ni tan gloriosas ni tan sublimes como para resultar intocables. Lo cual, muchas veces, da lugar a no pocos desaguisados. Y lo peor no es que todo el mundo opine y corrija, porque estas opiniones pueden llegar a ser algunas veces fuente de enriquecimiento. Lo peor es que muchos de quienes opinan no saben sobre lo que opinan. Lo peor es que muchos de los que corrigen desconocen la lengua del texto original. Lo peor es que en la gran mayoría de las ocasiones, si llega a emitirse un juicio provechoso para el autor de la versión, ese juicio nunca llega a quien más lo necesita, o sea, al traductor. O si llega, lo hace tarde y mal. Por eso, sería todo un aliciente, un objetivo dorado por el que luchar —la medalla que colgará del pecho del esforzado infante de marina— el que se creara un Premio Nacional de Traducción a la Morralla. A los pobres diablos del montón.

(Nota: La señora Carmen Romero es la esposa del señor Felipe González, presidente del Gobierno español.)